

Domingo cuarto: JESUCRISTO, EL HIJO ÚNICO, ENVIADO POR DIOS PARA SALVAR AL MUNDO

- I. Felipe Fernández Caballero*
- II. De la Guía para la lectura litúrgica y su predicación, ciclo B (SEC)**
- III. Sagrada Congregación para el Clero.**
- IV Radio Vaticano.**

I. MENSAJE CENTRAL

Todos nos encontrábamos bajo el dominio del pecado. Pero Dios amó tanto al mundo que envió a su Hijo, para que los que creen en él tengan vida eterna. Por pura gracia estamos salvados.

.LECTURAS:

1ª: "Multiplicaron sus infidelidades"

1Cr. 36, 14-16

El Dios de Israel es un Dios de amor que perdona y salva. Después de setenta años, tiempo de toma de conciencia de la culpa y de expiación por sus pecados, envía a Ciro para reconstruir el templo y reunificar en torno a él a todos los que pertenezcan a su pueblo.

El presente relato de esta lectura nos pone en presencia de *las infidelidades de Israel*, que se reflejan en un doble comportamiento: profanar la casa del Señor que él se había construido en Jerusalén y despreciar la palabra de los profetas, enviados por Dios. Aparece ya aquí un paralelismo con el texto evangélico: los hombres no recibieron la luz, sino que prefirieron las tinieblas. La "cólera de Dios" provoca la destrucción del templo y el castigo de los habitantes de Jerusalén con la deportación a Babilonia de los que han escapado de la muerte. Pero el Dios de Israel, lo corroborarán las dos lecturas siguientes, es un Dios de amor que perdona y salva. Después de setenta años, tiempo de toma de conciencia de la culpa y de expiación, envía a Ciro para reconstruir el templo y reunificar en torno a él a todos los que pertenezcan a su pueblo.

2ª: "Muertos por los pecados, pero salvados por la gracia"

Ef 2, 4-10

En Cristo hemos sido reunificados los hijos de Dios, para formar un solo pueblo, un templo consagrado al Señor

El capítulo segundo de Efesios conecta admirablemente la primera lectura con el Evangelio. He aquí la síntesis del mismo: todos nos encontrábamos bajo el dominio del pecado. Pablo habla de la "rebeldía" del hombre y de la "cólera de Dios" (2,13); Dios nos ha mostrado su inmensa bondad y misericordia (2,46); El amor de Dios es el principio y el término de nuestra configuración con Cristo, por quien hemos sido creados de nuevo (2,7-10); En Cristo hemos sido reunificados los hijos de Dios, para formar, un solo pueblo (2,14-18), un templo consagrado al Señor (2,19-22).

Los motivos teológicos del hermoso texto de hoy (2,4-10) son reiterativos. Se pueden centrar en estos tres:

a) *La misericordia del Padre*. Es el atributo que caracteriza a Dios con relación al hombre finito y pecador, que el texto describe con este semitismo: "rico en misericordia". En el fondo de esa misericordia está el "gran amor" de Dios. Ese amor misericordioso tiene un efecto característico: vivificar al hombre muerto por el pecado. Más allá de la justicia está la misericordia: "por pura gracia estáis salvados".

b) *La gratuidad de la salvación*. Otro semitismo, "inmensa riqueza", para designar la benevolencia de Dios, la gracia. Pero no se trata de una cualidad divina que arbitrariamente descarte la justicia: la satisfacción la ha ofrecido Cristo. Por eso su bondad para con nosotros es "en Cristo Jesús". A esa justicia realizada en Cristo, el hombre se une "mediante la fe".

c) *La nueva creación*. Una vida destruida no se restablece sino por un nuevo acto dador de vida. La nueva creación es Cristo, y el hombre recibe un nuevo ser al incorporarse a Él por la fe y la gracia. A esta finalidad, la creación de un hombre nuevo, tiende toda la espiritualidad de la Cuaresma, en la renovación perfecta de la Pascua.

3. Evangelio: El Hijo, enviado "no para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él"

Jn 3, 14-21

En el centro mismo del misterio del perdón del hombre y del amor de Dios, dominando toda la liturgia de hoy, se nos muestra al Hijo del hombre "elevado en la cruz... para que todo el que cree en él tenga vida eterna".

El tema de la nueva creación domina en todo el diálogo de Jesús con Nicodemo, que se desarrolla en **tres fases**, y al que pertenece el presente texto evangélico:

En la primera, Nicodemo reconoce la autoridad de Jesús en cuanto se manifiesta en sus obras. Jesús reacciona diciendo que lo esencial es reconocerle y aceptarle como el Enviado del Padre (3, 13);

en la segunda se afirma que la única posibilidad de acceso al misterio de Cristo es la apertura a la fe y a la acción del Espíritu, es decir, la necesidad de un nuevo nacimiento (3,48);

la tercera fase se centra en la descripción del misterio salvífico: la iniciativa procede de Dios, se realiza por medio del Hijo, que ha venido del cielo y vuelve a él a través de la cruz-exaltación; el hombre se apropia de ella o la rechaza mediante la fe-incredulidad en el Enviado (3,9-21).

No existe mejor síntesis de la vida cristiana. Su mejor comentario nos lo ofrece otro texto del cuarto evangelio que habla de Jesús como el Enviado; de Aquel que lo ha enviado; de la fe en ambos, y del juicio que se realiza en la aceptación o el rechazo de la luz.(Jn 12,44-50).

En el centro mismo del misterio del perdón del hombre y del amor de Dios, dominando toda la liturgia de hoy, se nos muestra al Hijo del hombre *"elevado en la cruz... para que todo el que cree en él tenga vida eterna"*. Pero la cruz ha de ser comprendida, como en todo el evangelio de Juan, en su doble perspectiva de humillación y de exaltación: en ella, Jesús aparece como el vencedor de la muerte y como el dador de la vida para todos los que creen en él.

El juicio de salvación o condenación del hombre se realiza en la actitud de aceptación o de rechazo frente a Jesús. Dios lo envió al mundo para que el hombre pueda salvarse. Dios hizo la oferta de la vida. Esa oferta sigue abierta: debe ser aceptada en la fe o, de lo contrario, equivale a la autoexclusión de la vida. Ese es el juicio.

HOMILÍA.

Nuestra sociedad está caracterizada por un aumento vertiginoso de la increencia. El ateísmo práctico, la ordenación de la vida al margen de Dios se instala también en los que se confiesan creyentes e incluso practicantes.

El evangelio del pasado domingo presentaba a Jesús enfrentado a la falsa religiosidad de quienes habían convertido el culto y el templo en dominio de mercaderes. Hoy, en su diálogo con Nicodemo, nos previene de las consecuencias de la marginación de Dios, y nos urge a asumir con responsabilidad las exigencias de nuestra fe.

Nicodemo, magistrado judío, *"fue a ver a Jesús de noche y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar los signos que tú haces si Dios no está con él"*. Nicodemo, cobarde, tal vez, pero inquieto buscador de la verdad, viene de la noche y busca la luz. Y en su diálogo con Cristo comienza a vislumbrar una luz nueva y la necesidad de un cambio radical: *"Hay que nacer de lo alto; hay que nacer de nuevo"*.

Nicodemo, valorando los signos de poder realizados por Jesús, le situaba entre los grandes profetas de Israel. Pero Jesús se le muestra situado a otro nivel y le habla de otro signo: *"Lo mismo que Moisés elevó a la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna"*.

La serpiente, que había envenenado a la humanidad desde sus orígenes, había dañado también al pueblo de Dios en su caminar por el desierto. Como antídoto de su poder mortífero, Moisés había mandado levantar como estandarte una serpiente de bronce, para que los que se volviesen hacia ella quedaran curados. Jesús propone ahora a Nicodemo el árbol de la cruz como causa de salvación para los hombres; *"Así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna"* El Hijo del hombre *"se hizo pecado"*, asumió en su carne el veneno de la serpiente, para que de donde procedía el mal surgiera también la medicina.

La salvación de Dios pasa necesariamente por la cruz. Quienes se niegan a reconocer en el Crucificado al autor de la salvación, y en las llagas de su pasión los efectos del pecado de la humanidad, permanecen en el camino de la muerte que atraviesa toda la historia.

Pero no basta con reconocer el pecado y sus efectos. La cruz nos descubre, sobre todo, el gran amor con que Dios *"rico en misericordia"*, nos ha amado, *"su bondad para con*

nosotros en Cristo Jesús: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él”. La salvación del hombre se juega en la aceptación o el rechazo del amor de Dios manifestado en la cruz de Jesucristo.

Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo sino para que el mundo se salve por medio de él. “Estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo –por pura gracia estáis salvados, nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él. Pero el don divino de la salvación puede ser aceptado o rechazado, por eso el juicio no nos remite sólo al final de los tiempos: acontece ya aquí, ahora, sobre la tierra. Es el hombre mismo quien se juzga, quien opta por la luz o las tinieblas, en base a la postura que asuma frente al amor de Dios con que Cristo nos ha amado.” *“El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios”*.

Nicodemo fue llamado por Jesús a nacer de nuevo. A nosotros, por el bautismo, “*Dios no ha creado en Cristo Jesús*” Ojalá sepamos reconocer al menos la gratuidad del don recibido y, renovados por la gracia de este tiempo cuaresmal, “nos dediquemos a las buenas obras que él determinó practicásemos”.

II. De la Guía para la lectura litúrgica y su predicación, ciclo B (SEC)

El Cronista hace memoria de las infidelidades del pueblo de Dios y del castigo que recibieron de sus enemigos. Se quiere hacer ver que la salvación vendrá de Dios, que el exilio terminará porque Dios será su libertador. El decreto de Ciro será el instrumento del que Dios se servirá para llevar a cabo la liberación. Se muestra la historia como el gran escenario de la acción salvadora de Dios, incluso por medio de quienes no lo conocen (*1ª lectura*).

Jesús, en el encuentro con Nicodemo, busca que éste ahonde y madure en su fe. Le anuncia la Verdad, pero es también un llamamiento, una invitación a ir poco a poco cayendo en la cuenta de cuanto le dice. Presenta a Nicodemo la necesidad de tomar postura ante la salvación de Dios. El que cree, está en la luz y el que no cree está en tinieblas. El símbolo de la “clandestinidad” con la que Nicodemo visita a Jesús, queda destruido por la invitación a que “realice la verdad para acercarse a la luz”. La verdad, además de libres, hace testigos (*Evangelio*).

La realidad de nuestra cultura, profundamente fragmentada, dificulta al hombre plantearse el problema de la verdad, hasta el punto de dudar de su posibilidad y existencia. En esta situación renuncia a buscar la verdad y, como consecuencia, permanece en las “tinieblas” de la verdad de sí mismo.

LA FE DE LA IGLESIA

— *Dios es verdad y amor:*

“Dios, “El que es”, se reveló a Israel como el que es “rico en amor y fidelidad” (Ex 34,6). Estos dos términos expresan de forma condensada las riquezas del Nombre divino. En todas sus obras, Dios muestra su benevolencia, su bondad, su gracia, su amor; pero también su fiabilidad, su constancia, su fidelidad, su verdad. “Doy gracias a tu nombre por tu amor y tu verdad” (Sal 138,2). Él es la Verdad, porque “Dios es Luz, en Él no hay

tiniebla alguna" (1 Jn 1,5); Él es "Amor", como lo enseña el apóstol Juan (1Jn 4,8)" (214).

— *Dios es amor:*

"A lo largo de su historia, Israel pudo descubrir que Dios sólo tenía una razón para revelársele y escogerlo entre todos los pueblos como pueblo suyo: su amor gratuito. E Israel comprendió, gracias a sus profetas, que también por amor Dios no cesó de salvarlo y de perdonarle su infidelidad y sus pecados" (218).

— *Vivir en la verdad:*

"El Antiguo Testamento lo proclama: Dios es fuente de toda verdad. Su Palabra es verdad. Su ley es verdad. "Tu verdad, de edad en edad" (Sal 119,90; Lc 1,50). Porque Dios es el "Veraz" (Rm 3,4), los miembros de su Pueblo son llamados a vivir en la verdad" (2465).

— "En Jesucristo la verdad de Dios se manifestó en plenitud. "Lleno de gracia y de verdad" (Jn 1,14). Él es la "luz del mundo" (Jn 8,12), la Verdad; el que cree en Él no permanece en las tinieblas" (2466; cf. 2467-2470).

— "¿Dónde, pues, están inscritas estas normas sino en el libro de esa luz que se llama la Verdad? Allí está escrita toda ley justa, de allí pasa al corazón del hombre que cumple la justicia; no que ella emigre a él, sino que en él pone su impronta a la manera de un sello que de un anillo pasa a la cera, pero sin dejar el anillo" (San Agustín, Trin. 14,15,21) (1955)

III. Sagrada Congregación para el Clero:

NEXO entre las LECTURAS

"Tanto amó Dios al mundo...": aquí reside el mensaje que la Iglesia nos transmite mediante los textos litúrgicos. Ese amor infinito de Dios ha recorrido un largo camino en la historia de la salvación, antes de llegar a expresarse en forma definitiva y última en Jesucristo (*Evangelio*).

La primera lectura nos muestra en acción el amor de Dios de un modo sorprendente, como ira y castigo, para así suscitar en el pueblo el arrepentimiento y la conversión (*primera lectura*).

La carta a los Efesios resalta por una parte nuestra falta de amor que causa la muerte, y el amor de Dios que nos hace retornar a la vida junto con Jesucristo (*segunda lectura*). En todo y por encima de todo, el amor de Dios en Cristo Jesús.

MENSAJE DOCTRINAL

Jesucristo, el amor del Padre.

"Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único". Toda la historia de Dios con el hombre, como se presenta en la Biblia, es una historia impresionante de amor. Dios que por amor crea, da la vida, elige a un pueblo para hacerse presente entre los hombres, se hace 'carne' en Jesucristo para salvarnos desde la carne...y el hombre que por orgullo rechaza el amor buscando 'autocrearse', 'autodonarse la vida', 'autoelegirse' en el concierto de las naciones por su potencia y su imperial ambición, 'autosalvarse' con la ciencia y la técnica, con la parapsicología y la religión cósmica. Parecería que el hombre las cosas de Dios las entiende todas al revés. Parecería que Dios le quisiera enseñar a deletrear en su mente y en su vida el amor, y sólo es capaz de pronunciar el egoísmo, el

odio o al menos la indiferencia a lo que no sea el propio yo. Parecería que Jesús en lugar de ser la forma suprema del amor divino, fuese al contrario causa de su turbación, de su sentimiento de fracaso, de su frustración alienante. ¿Qué sucede en el corazón humano para que no pueda descubrir en Jesucristo la sublimidad del amor de Dios?

Dos formas del Amor.

El amor no busca sino el bien de la persona amada. Pero las formas de buscar ese bien pueden variar. Ante un pueblo o un corazón rebelde, cerrado al camino de Dios, el amor divino adquiere manifestaciones duras que buscan llevar al hombre a la reflexión, al arrepentimiento y a la conversión. Así en la *primera lectura*, ante la actitud altanera del pueblo, Dios permite la toma de Jerusalén, la matanza de muchos de sus habitantes, el saqueo de la ciudad, la esclavitud y el destierro a Babilonia. Dios actuó de esta manera como esfuerzo supremo de su amor que quiere llevar a los habitantes de Jerusalén a una auténtica conversión mediante el reconocimiento del amor divino.

Pero existe otra forma de amor divino, que es la gracia, el don de la salvación para quien la acoge y la hace fructificar. Los que la acogen 'son hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para realizar las buenas obras que Dios nos señaló de antemano como norma de conducta' (*segunda lectura*). Esas buenas obras son las obras del amor, con que el creyente responde al amor de Dios. Como formidable educador del hombre y de los pueblos, Dios Nuestro Señor usa una u otra forma de amor con el único interés de encontrar reciprocidad de amor en el hombre. Sabe muy bien Dios que sólo en el amar (a Dios y al hombre) y ser amado reside la grandeza y la felicidad del hombre.

SUGERENCIAS PASTORALES

Convertirse al Amor.

Los textos litúrgicos nos han mostrado que el amor para Dios es darse, entregarse, buscar el bien de la persona amada. Este amor no es el más frecuente entre los hombres, ni resulta fácil. Es más frecuente encerrarse en la propia concha siendo uno mismo sujeto y objeto de su amor. Es más frecuente 'aprovecharse' del otro (esposo o esposa, padre o hijo, amigo o amiga, acreedor o cliente, alumno o maestro, párroco o parroquiano...) para satisfacción del propio yo, de los propios intereses, gustos, pasiones. Es más frecuente buscar nuestro bien, que querer el bien de los demás; querernos 'bien' a nosotros mismos en lugar de hacer el bien al prójimo. Es más fácil no darse, no hacer nada por los demás, no ayudar a quien sufre necesidad, no colaborar en las diversas actividades de la parroquia, no buscar formas concretas de amar a Dios, a la Virgen santísima, a nuestros seres queridos, a nuestros hermanos en la fe, a los hombres independientemente de su religión, raza o condición. Con todo, en la mayoría de los casos lo que es más frecuente y fácil no es lo mejor ni siquiera para nosotros mismos. Hemos de convertirnos al Amor: ese amor que actúa en nosotros porque Dios nos lo regala y nosotros lo acogemos con gozo. Hemos de convertirnos al Amor, que nos saca de nuestra propia concha y nos pone 'indefensos' ante los demás para que vivamos por la fuerza del Amor.

Cristiano igual a humano.

Bien podría decirse: "Cristiano soy y nada de lo humano reputo ajeno a mí". El concilio Vaticano II nos ha enseñado que "Cristo revela el hombre al hombre". La auténtica humanidad del ser humano no la vamos a encontrar en los programas de la TV o en los artículos de la prensa, en la invasión sonora de la discoteca o en las reuniones masivas con un cantante famoso, en la fugacidad de la bebida y de la droga o en la falsa consistencia de una relación degenerada...En todos estos campos está muy presente el hombre, pero muy poco lo humano, los valores dimanantes de su dignidad de imagen e

hijo de Dios. El Papa Juan Pablo II gustaba de repetir que "el hombre es el camino de la Iglesia"; y se podría añadir también que "el cristiano es el camino del hombre". Es evidente que me refiero a un cristiano que lo es de verdad y a un hombre que se mide por su vocación y dignidad, no con parámetros de otra índole. Por eso, alguien se atrevió a decir que "el tercer milenio o será cristiano, o simplemente no será", pues el hombre terminaría autodestruyéndose. Si esto es verdad, y lo es, ¿no vale la pena vivir a fondo la vocación cristiana? ¿Por qué no luchar para instaurar en la sociedad un verdadero humanismo, es decir, un cristianismo vivido con autenticidad? ¡Vale la pena!

IV Radio Vaticano

Tanto amó Dios al mundo

En el evangelio de San Juan de este cuarto domingo de cuaresma leemos: "Tanto amó Dios al mundo que...". Cada cristiano debería saber acabar la frase, o debería saber la respuesta a cómo es el amor de Dios al mundo.

Benedicto XVI en su encíclica "Dios es amor", comienza diciendo que el primer problema con que nos encontramos es de lenguaje. "El término amor se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa" (n. 2). Esta es la primera dificultad que tenemos para hablar del amor de Dios al mundo, que esa palabra tiene resonancias dispares, cuando no disonantes y envilecedoras.

Y la primera característica del amor de Dios es que es activo, creador y transformador, porque si no se manifiesta, si no se traduce en obras, es un amor dudoso. Puede ser un amor que llamamos platónico, teórico, iluso, ficticio. Las obras son las que garantizan el tipo de amor del que queremos hablar. Pero he aquí que el evangelista, parece que lo sabe, y por eso inmediatamente cierra la frase: "Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único". El amor de Dios es activo.

El destinatario inmediato de esta frase de San Juan es Nicodemo, un fariseo, autoridad judía, quien de noche, va a entrevistarse con Jesús. Un hombre que busca, aunque sea a escondidas, el secreto de la vida, de la vida feliz. El amor de Dios es que nos da a su Hijo como don, sólo don, ágape, como dice Benedicto XVI. Y el ágape se mide en donación, olvidando merecimientos o deudas que saldar.

Este modo de hablar del amor es propio y exclusivo del Dios creador, que al crear se da a sí mismo en la creación. Y si el hombre ha tergiversado ese plan amoroso de Dios, convirtiéndolo en plan destructivo y de muerte, todavía Dios vuelve a manifestarse en el don de su Hijo, para restablecer de nuevo la creación. Una nueva creación, donde ya no hay duda alguna de la generosidad que es pura gracia. Gracias a ese amor "hemos pasado de la muerte a la vida", como dice San Juan, esa vida que busca Nicodemo, por pura gracia, porque "a nosotros, estando muertos por el pecado, nos ha hecho vivir con Cristo", traduce San Pablo en la segunda lectura.

Nicodemo le dice a Jesús en ese capítulo 3º de San Juan: sabemos que vienes de parte de Dios por las obras y los signos que haces. Nicodemo, como buen fariseo, es hombre de la Ley, expresión suprema e indiscutible de la voluntad de Dios para el ser humano, y sin embargo busca a Jesús porque sabe que la Ley es imposible de cumplirla. La Ley sólo sirve para denunciar nuestra debilidad y nuestro pecado, dice San Pablo. Entonces, si la Ley es insuficiente, por nuestra incapacidad para cumplirla, ¿de dónde colgar nuestra existencia pecadora, nuestras esclavitudes, nuestras miserias? De Jesús, del Hijo entregado por el Padre. "Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será condenado".

En primer lugar, no son nuestras obras, obras de pecado, sino la gracia de un amor que se vacía de sí para que otros, sean judíos o griegos, todos, tengan vida. Y a esta gracia se accede por la fe, por la confianza de sentirnos amados. Santa Teresa lo formulaba con su lenguaje preciso y redondo: "Si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar".

Las buenas obras que nos dan la salvación no son otras que la de nuestra confianza en el amor que Dios nos tiene. La obra de Dios es un Hijo, el don de su Hijo unigénito para salvarnos. Y la obra amorosa del hombre es fiarnos de su don. "El que cree en él no será condenado". Y ahora viene la pregunta pastoral, ¿y cómo sabremos que esa salvación llega a nosotros? ¿qué tenemos que hacer para saber que ya participamos de esa vida que Dios nos da? Responde el mismo San Juan: "Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos".

Primero es la fe, el fiarnos del amor de Dios en su Hijo, y segundo es nuestra comprobación de que efectivamente estamos salvados. ¿Cómo comprobamos, cómo sabemos que vivimos en el amor de Dios? Amando a los hermanos. Hemos pasado de la muerte a la vida, es tiempo de la resurrección, es tiempo de la nueva creación en Cristo Jesús. Ahora nos toca a nosotros, los creyentes, manifestar en nuestra vida ese amor operante y salvador de Dios. He aquí en qué consiste la verdad de que amamos a Dios, en que amamos a los hermanos. Creer y amar ya no son un concepto o una doctrina, sobre los que se puedan discutir, es un acto mediante el cual llega o no llega el Reino de Dios.